

Ian Kershaw, *Descenso a los infiernos. Europa, 1914–1949*, Barcelona, Crítica, 2016, 776 págs.

Ian Kershaw, *Ascenso y crisis. Europa, 1950–2017*, Barcelona, Crítica, 2019, 720 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.40.2020.887-890>

El historiador británico Ian Kershaw probablemente se trate del mayor experto actual sobre la historia de la Alemania nazi. Sin embargo, en 2011 publicó su obra *El final. Alemania, 1944-1945*, cuyo título no solo se refería al tema abordado, sino también al fin de sus estudios sobre un Tercer Reich al que había dedicado toda una vida. Desde ese momento, Kershaw se marcó un nuevo reto, lo cual ha cristalizado en sus dos monumentales volúmenes sobre la historia de Europa desde 1914 hasta la actualidad, publicados en España por la editorial Crítica. El primer tomo, *Descenso a los infiernos. Europa 1914-1949*, fue lanzado en Reino Unido en 2015, siendo traducido al castellano un año después. Su continuación, *Ascenso y crisis. Europa 1950-2017*, fue originalmente publicado en 2018, llegando a las librerías españolas en 2019. Ambas publicaciones -en el fondo, parte de un mismo proyecto- han supuesto, en palabras del propio autor, el mayor reto al que se ha enfrentado en toda su carrera profesional, al tratar de condensar en dos únicos volúmenes una historia de Europa, durante los últimos cien años, analizando todas sus esferas: política, social, cultural, religiosa, demográfica y económica. Pese a los múltiples ámbitos tratados, el relato sigue una estricta narración cronológica que apenas se rompe cuando, en el segundo volumen, al tratar los años de guerra fría, por momentos se ve obligado a realizar un análisis por bloques ante una Europa dividida por el Telón de Acero.

El primer volumen, *Descenso a los infiernos*, se estructura en 10 capítulos, a través de los cuales relata lo que considera la era de la autodestrucción de Europa. La obra comienza a inicios del siglo XX, en esa época genéricamente conocida como “la belle époque” o “la edad chapada en oro”, y discurre hasta 1949, con una Europa que, después de sumirse en dos guerras mundiales y la era de las dictaduras, parecía estar renaciendo de sus cenizas, aunque condenada a un segundo plano en el escenario internacional ante la aparición de dos nuevas potencias. Y es que si hay algo que para Kershaw defina los años que van del inicio de la Gran Guerra hasta

el final de la Segunda Guerra Mundial, eso es el declinar de Europa. Durante poco más de treinta años, Kershaw describe un continente sumido en una crisis constante definida por cuatro factores: la explosión del nacionalismo étnico-racista, el aumento de los conflictos de clase (acrecentados tras el triunfo de la revolución bolchevique en Rusia), la crisis del modelo capitalista y las exigencias de expansión territorial, con Alemania como agente principal en esa búsqueda constante de un “espacio vital”. Estos cuatro elementos que marcaron la historia europea, considera que solo fueron superados después de que Europa llegara al límite de su autodestrucción, cuando finalizada la Segunda Guerra Mundial se alcanzó la estabilidad debido a la amenaza atómica, el crecimiento económico postbélico, las purgas de los criminales de guerra, el fin de las ambiciones territoriales de Alemania y la cristalización, en 1949, de una Europa dividida en dos bloques respetados por las nuevas potencias globales: Estados Unidos y la Unión Soviética. Aunque, en un primer momento, el lector pudiera haber pensado que 1945 era la fecha idónea para cerrar este primer volumen, Kershaw considera que fue en 1949 cuando, aceptadas las recíprocas esferas de influencia, realmente Europa entró en una nueva etapa poniendo fin a un paréntesis de cuatros años de incertidumbre en los que el continente pudo haberse convertido en el escenario de otro conflicto bélico.

Tres años después del lanzamiento del primer tomo, Kershaw publicó su continuación, *Ascenso y crisis*, título de la versión castellana puesto que su denominación original fue *Rollercoaster* (montaña rusa), metáfora con la que el autor pretendía reflejar la turbulenta historia de un continente que pasó de momentos de auge y estabilidad a otros de crisis e incertidumbre. Esa comparación se ha perdido en la versión española de la obra, que también en su contenido refleja una traducción con varios errores terminológicos y gramaticales. El libro se estructura en 12 capítulos que explican la historia de Europa desde su división en dos bloques hasta el pesimismo actual de un continente inserto en la crisis del proyecto europeo que se había conformado en las décadas previas. Según el propio autor, el principal problema al que se enfrentó en la escritura de este libro fue encontrar la línea directriz del discurso, que en el primer volumen había encontrado a través de la idea de la autodestrucción europea. Sin embargo, aquí habría tenido que hacer frente al análisis de un continente dividido en dos bloques que discurrieron por caminos diferentes hasta 1989, así como un período posterior que, dada su proximidad a la actualidad, todavía no ha sido concebido en estructuras temporales y temáticas suficientemente definidas. Esto otorga a este volumen un excesivo carácter fragmentario que lo hace

parecer, más que una historia de Europa, una recopilación de las historias nacionales de los países europeos. Incluso, por momentos, el relato se centra en exceso en las clásicas potencias occidentales (Francia, Reino Unido, República Federal Alemana e Italia) y, especialmente, aquellas con las que el autor se siente más identificado, esto es, su Gran Bretaña natal y una Alemania a la que se siente evidentemente unido tras largos años dedicado al estudio de su historia. Esto provoca que algo tan relevante como el proceso de integración europea quede excesivamente diluido y difuso en su relato, algo en lo que también parece haber influido su tesis sobre el propio proceso de unidad. Con sus éxitos y fracasos, para Kershaw, la historia de la Unión Europea sería una historia de escaso idealismo, determinada por el interés y el pragmatismo de los diferentes estados que la componen, lo que permite entender que, por consiguiente, preste mayor atención a las diferentes historias y agentes nacionales. Es desde esa óptica a través de la cual llega a abordar el renacer de unos nacionalismos que, en su opinión, siempre habrían estado latentes. De este modo, su historia europea se cierra desde una cierta contradicción interna, ante un continente que, convertido en su objeto de estudio, una vez perdida la hegemonía mundial por parte de sus potencias parece carecer de un mínimo elemento cohesionador que de sentido y coherencia a su relato e, incluso, a su propio ser.

Ian Kershaw nos deja tras sus dos obras un sabor agríndice. Es indudable su detallado conocimiento de la historia europea. La magnitud de datos manejados convierte su historia de Europa en una referencia obligada para conocer la historia de nuestro continente. Sin embargo, se lamenta el diferente valor de ambos tomos. Frente a un magnífico primer volumen en el que evidencia sus mayores conocimientos y reflexiones sobre una época que ha estudiado durante toda una vida, su segundo volumen parece reducirse a una mera recopilación de sucesos y acontecimientos que carecen de una línea matriz, lo que difumina el significado de su estudio. Probablemente, ello se deba a que la razón que llevó a embarcarse en este monumental proyecto sea más emocional que historiográfica. Ambos tomos fueron realizados en un momento en que el proyecto europeo atravesaba -y atraviesa- una especial crisis en la que se ha visto obligado a afrontar problemas como la crisis del euro, el resurgir de las tensiones en la Europa del Este ante el liderazgo de Putin, los enfrentamientos -políticos y humanitarios- tras el conflicto de los refugiados, el ascenso de los movimientos nacional-populistas o, lo que más directamente afectó a un británico como Ian Kershaw, el *Brexit*. Kershaw comenzó a escribir su historia de Europa en una Gran Bretaña que estaba convirtiendo el

euroescepticismo en eurofobia; la ha concluido después de un referéndum en el que, por primavera vez, un estado miembro ha optado por abandonar la Unión Europea, lo que ha llevado a su propio país a una de las mayores crisis políticas de su historia reciente. Es solo desde el sentimiento de un historiador que ve como su pequeña isla se aleja de la historia de una Europa sumida en una crisis de futuro, de donde parece surgir la necesidad de hacer este repaso a su historia, algo que, evidentemente, acaba por reflejarse en su estudio y su percepción de la historia más reciente del continente. Es un sentimiento que también parece haber llevado a otros historiadores británicos a embarcarse en proyectos similares, como Richard J. Evans (*La lucha por el poder: Europa 1815-1914*), en quien la sensación de incertidumbre y desazón sobre la historia del continente es igualmente perceptible. En Kershaw, su pesimismo y escepticismo sobre el futuro se refleja nítidamente en las últimas palabras del segundo volumen de su historia de Europa: “Es imposible saber que sucederá en las próximas décadas. La única certeza es la incertidumbre. [...] Las vueltas y giros, los altibajos que han caracterizado la historia de Europa, seguramente continuarán”.

Adrián MAGALDI FERNÁNDEZ
Universidad de Cantabria
adrian.magaldi@unican.es